

lencia que resulta de la pasión, por ejemplo, de la ira, desde el punto de vista fisiológico, como una tentativa para evitar un acceso de ahogo que nos amenaza. Innumerables actos de presunción que se realizan los hombres son los derivativos de congestiones súbitas por una violenta acción muscular y acaso se deba considerar desde este punto de vista todo el *mal de la fuerza*. (El mal de la fuerza hiere á los demás, sin que comprendan que le es menester manifestarse; el mal de la debilidad quiere hacer daño y contemplar las huellas del dolor.)

372. *En honor de los inteligentes*.—En cuanto alguno, sin ser inteligente en una materia, trata de erigirse en juez de ella, hay que protestar inmediatamente, sea hombre ó mujer el que lo intente. El entusiasmo ó el encanto que podamos sentir delante de una cosa ó de un hombre no son un argumento; la repugnancia y el odio no lo son tampoco.

373. *Censura significativa*.—La frase «no conoce á los hombres», quiere decir en boca de algunos: «no conoce la bajeza», y en boca de otros: «no conoce lo excepcional y conoce demasiado bien la bajeza».

374. *Valor del sacrificio*.—Cuanto más se regatee á los príncipes y á los Estados el derecho de sacrificar al individuo (en la forma de administrar justicia, de reclutar ejércitos, etc.), más aumentará el valor del sacrificio de sí mismo.

375. *Hablar con demasiada claridad*.—Puede haber muchas razones diferentes para pronunciar claramente las palabras al hablar; una la desconfianza hacia nos-

otros mismos cuando usamos un idioma nuevo al que no estamos acostumbrados; otra, la desconfianza hacia los demás, en razón á su torpeza y su lentitud en comprender. Lo mismo sucede con las cosas espirituales; su expresión es muchas veces demasiado machacona, demasiado laboriosa, porque á no ser así no nos entenderían aquellos á quienes nos dirigimos. Por consiguiente, el estilo perfecto y ligero sólo es lícito ante un auditorio perfecto.

376. *Dormir mucho*.—¿Qué debemos hacer para reanimarnos cuando estamos fatigados y hartos de nosotros mismos? Uno aconseja el juego, otro el cristianismo, otro la electricidad. Pero lo mejor, queridos melancólicos, es dormir mucho, en el sentido propio y en el figurado. Así es como podremos tener de nuevo nuestra mañana. En la sabiduría de la vida es de gran resultado saber intercalar á tiempo el sueño en todas sus formas.

377. *Lo que hay que deducir de un ideal fantástico*.—Allí donde radican nuestras debilidades van á extraviarse nuestras exaltaciones. El principio entusista: «amad á vuestros enemigos» tenía que ser inventado por los judíos, los mejores *aborrecedores* que ha habido en el mundo, y la más hermosa glorificación de la castidad ha sido escrita por los que en su juventud han hecho la vida más libertina y crapulosa.

378. *Manos limpias y paredes limpias*.—No hay que pintar en la pared á Dios ni al diablo. Se echaría á perder la pared y se molestaría á la vecindad.

379. *Verosímil é inverosímil*.—Una mujer amaba en

secreto á un hombre, le consideraba muy superior á ella y se decía cien veces en su fuero interno: «Si ese hombre me amase sería una gracia del cielo, ante la cual debería besar el polvo.» Y al hombre en cuestión le pasaba lo mismo con aquella mujer, y en lo íntimo de su alma se repetía palabras semejantes. Cuando al fin sucedió que uno y otro se hablaron y pudieron decirse lo que tan secretamente guardaban en el corazón, hubo entre ellos un silencio, cierta vacilación. Luego, la mujer dijo con voz fría: «Es evidente que no somos uno ni otro lo que habíamos amado. Si tú eres lo que dices y nada más, me he rebajado en vano al amarte; el demonio me ha engañado como á ti.» Esta historia tan verosímil no se realiza jamás: ¿por qué?

380. *Consejo práctico.*—De todos los medios de consuelo no hay uno tan eficaz para el que lo ha menester como la afirmación de que para su desgracia no hay consuelo. Esto le reviste de tal distinción, que en seguida yergue la cabeza.

381. *Conocer su particularidad.*—Olvidamos con demasiada frecuencia que para los extraños que nos ven por primera vez somos muy distintos de aquello porque nosotros nos tenemos; generalmente no se ve en el hombre más que una particularidad que salta á la vista y que determina la impresión. El hombre más pacífico y más conciliador, si tiene grandes bigotes puede descansar con toda tranquilidad á la sombra de su gran bigote; los ojos vulgares no ven en él más que el accesorio de un gran bigote, es decir, un carácter militar que se arrebatara fácilmente y puede llegar á actos de violencia, y al cual hay que guardar los miramientos debidos.

382. *Jardinero y jardín.*—Los días húmedos y sombríos, la soledad, las palabras sin amor engendran deducciones semejantes á los hongos, las vemos aparecer delante de nosotros una mañana, sin que sepamos de dónde vienen ni por qué nos miran grises y adustos. ¡Desgraciado el pensador que no es el jardinero, sino el jardín de sus plantas!

383. *La comedia de la compasión.*—Sea cualquiera la participación que tomemos en las penas de un desgraciado, en su presencia representamos siempre una comedia; no decimos muchas de las cosas que pensamos ni decimos otras tales como las pensamos, procediendo con la circunspección de un médico á la cabeza del enfermo que está en peligro de muerte.

384. *Hombres singulares.*—Hay hombres pusilánimes que tienen mal concepto de lo mejor que hay en sus obras, y que no aciertan á comprender bien su alcance; mas por una especie de venganza tienen también mala idea de la simpatía de los demás y no les inspira fe alguna la simpatía. Se avergüenzan de parecer arrastrados por sí mismos, y parece que se complacen en ponerse en ridículo. Estos son estados de alma de artista melancólico.

385. *Los vanidosos.*—Somos como escaparates de tiendas, y pasamos el tiempo en colocar, ocultar y poner de manifiesto las supuestas cualidades que los demás nos atribuyen... para engañarnos á nosotros mismos.

386. *Los patéticos y los simples.*—Es una costumbre muy vulgar la de no perdonar ocasión de mostrarse

patético; depende del placer que sentimos al figurarnos al espectador dándose golpes de pecho y sintiéndose pequeño y miserable. Por consiguiente, quizá sea una señal de nobleza tomar á broma las situaciones patéticas y conducirse de una manera indigna. La antigua nobleza guerrera de Francia poseía esta clase de distinción y de talento.

387. *Cómo se discurre antes del matrimonio.*—Suponiendo que *ella* me ame, ¡cómo me importunará á la larga!; y suponiendo que no me ame, ¡cómo no ha de tener mayores razones todavía para volverse importuna á la larga! No hay en esta disyuntiva más que dos maneras de ser importuno. ¡Casémonos, pues!

388. *Bellaquería á conciencia.*—Es muy desagradable ser explotado en las pequeñas compras que hacemos en algunos países, por ejemplo, en el Tirol; y lo es porque además de haber hecho una mala compra, todavía hay que aguantar la mala cara y la brutal avaricia del comerciante bellaco, así como la mala intención y la grosera hostilidad con que nos trata. En cambio, en Venecia, el que nos ha engañado se regocija de todo corazón de la bellaquería que le ha salido bien, y no tiene mala voluntad al engañado, sino que está dispuesto á hacerle todo género de cortesías y á bromear con él si á ello se prestase. En una palabra: hay que saber ser pillo á conciencia y con ingenio. Esto reconcilia casi al engañado con el engaño.

389. *Demasiado toscos.*—Hay personas muy buenas que siendo demasiado torpes para poder ser finas y amables, tratan de corresponder inmediatamente á una muestra de amabilidad con un favor formal ó po-

niendo su fuerza á disposición del que les halaga. Es conmovedor ver cómo presentan tímidamente sus monedas de oro, cuando otro les ha obsequiado con calderilla dorada.

390. *Ocultar el ingenio.*—Cuando sorprendemos á alguno ocultándonos su ingenio, le consideramos malo, y con mayor razón si sospechamos que la amabilidad y la benevolencia son los móviles que le han impulsado á proceder así.

391. *El mal momento.*—Los caracteres vivos no mienten más que un momento: entonces se han mentido á sí mismos, y permanecen convencidos y honrados.

392. *Requisitos de la cortesía.*—La cortesía es cosa muy buena, y verdaderamente se la puede considerar como una de las cuatro virtudes cardinales (aunque sea la última); mas para que no nos molestemos unos á otros con ella, es preciso que aquel con quien tratemos tenga un sí es no es de más ó menos cortesía que nosotros. De otro modo acabaríamos por echar raíces, pues el bálsamo no sólo embalsama sino que es pegajoso.

393. *Virtudes peligrosas.*—«No olvida nada pero lo perdona todo.» Entonces será doblemente odiado, pues avergonzará doblemente á los demás con su memoria y con su generosidad.

394. *Sin vanidad.*—Los hombres apasionados piensan poco en lo que piensan los demás; su condición les pone por encima de la vanidad.

395. *La contemplación.*—En un pensador, el estado de contemplación propio de los pensadores sigue siempre á una situación de miedo; en otro, á un estado de deseo. En el primero la contemplación va unida al sentimiento de la quietud; en el segundo al de la saciedad; lo cual quiere decir que el uno está en disposición de quietud y el otro sigue hastiado y neutro.

396. *De caza.*—Uno va á caza de verdades agradables, otro de verdades (desagradables). El primero se deleitará más con la caza que con las piezas que cobre.

397. *Educación.*—La educación es una continuación de la procreación y muchas veces una especie de paliativo ulterior de ésta.

398. *En qué se conoce al más fogoso.*—Entre dos personas que luchan entre sí ó que se aman ó se admiran, la más fogosa toma siempre la postura más cómoda: lo mismo sucede con los pueblos.

399. *Defenderse.*—Ciertos hombres tienen derecho á obrar de esta ó de la otra manera, pero cuando quieren defender sus actos no se cree que les asiste ese derecho, y se hace mal al no creerlo.

400. *Reblandecimiento moral.*—Hay caracteres morales tiernos que se avergüenzan de cada uno de sus triunfos y sienten remordimiento por cada uno de sus fracasos.

401. *Olvido peligroso.*—Se comienza por perder la costumbre de amar á los demás y se acaba por no hallar en sí mismo nada que sea amable.

402. *Una tolerancia como otra cualquiera.*—«Permanecer un minuto más en el fuego y quemarse un poco, importa poco, trátase de hombres ó de castañas. Ese poco de amargura y de dureza permite apreciar cuán suave y tierno es el corazón.» Sí; así es como juzgáis vosotros, los hombres del placer, vosotros, sublimes antropófagos.

403. *Orgullos diferentes.*—Hay mujeres que pierden el color al pensar que su amante podría no ser digno de ellas; hay hombres que palidecen al pensar que podrían no ser dignos de su amada. Son mujeres completas y hombres cabales. Esos hombres, que tienen en circunstancias normales confianza en sí mismos y el sentimiento de la potencia, experimentan, estando enamorados, cierta timidez y una especie de duda de sí mismos. Esas mujeres se consideran siempre como seres débiles, dispuestos al abandono, pero en la excepción sublime del amor, tienen su orgullo y su sentimiento del poder que pregunta: ¿quién es digno de mí?

404. *A quienes se hace rara vez justicia.*—Hay hombres que no pueden entusiasmarse por algo bueno y grande sin cometer, de un modo ú otro, una gran injusticia. Es una moral á su manera.

405. *Lujo.*—La afición al lujo llega hasta lo más íntimo del hombre; revela que donde mejor nada el alma es en las olas de la abundancia y de lo superfluo.

406. *Hacerle inmortal.*—El que quiera matar á su rival considere si no será esta una manera de inmortalizarle en sí mismo.

407. *Contra nuestro carácter.*—Cuando tenemos que decir una verdad que va contra nuestro carácter—cosa frecuente—la decimos como si no acertásemos á mentir, con lo cual inspiramos desconfianza.

408. *Se necesita mucha dulzura.*—Hay caracteres para los cuales se plantea la alternativa de ser malhechores públicos ó de llevar en secreto su cruz.

409. *Enfermedad.*—Hay que entender por enfermedad la aproximación de una vejez precoz, de la fealdad y de los juicios pesimistas: tres cosas que suelen caminar juntas.

410. *Los tímidos.*—Los seres torpes y tímidos son los que fácilmente se tornan criminales; no se andan en chiquitas en la defensa ni en la venganza; por falta de serenidad y de presencia de ánimo su odio no acierta con otra conclusión que el aniquilamiento.

411. *Sin odio.*—Quieres despedirte de tu pasión. Hazlo, pero sin odio contra ella. De lo contrario serías víctima de una segunda pasión. El alma del cristiano que se ha libertado del pecado naufraga por lo general en el odio al pecado. Mirad los semblantes de los grandes cristianos. Son semblantes de grandes hombres que odian.

412. *Ingenioso y torpe.*—No sabe estimar nada fuera de sí mismo, y cuando quiere apreciar á los demás tiene que transformarlos por el patrón de sí mismo. En esto es ingenioso.

413. *Acusadores privados y públicos.*—Mirad de cerca

á cada uno de los que acusan é interrogan: se delata su carácter y no es raro que ese carácter sea peor que el del delincuente á quien acusan. El acusador se figura cándidamente que el que persigue un delito y un malhechor, debe de ser por lo mismo de buena índole ó al menos pasar por bueno. Por eso se deja ir, esto es, se derrama.

414. *Ciegos voluntarios.*—Hay una manera de abandono entusiasta llevado al extremo á una persona ó á un partido, que revela que secretamente nos sentimos superiores á esa persona ó á ese partido, y que nos acusamos de ello. En cierto modo nos cegamos voluntariamente para castigar á nuestros ojos por haber visto demasiado.

415. *Remedium amoris.*—En la mayoría de los casos, no hay nada eficaz contra el amor más que el antiguo y radical remedio de la correspondencia á ese amor.

416. *Dónde está el peor enemigo.*—El que sabe dirigir bien un negocio y tiene conciencia, experimenta, por lo común, sentimientos conciliadores. Mas el que cree que lucha por una buena causa y comprende que no es hábil para defenderla, persigue á sus adversarios con odio secreto é implacable. Calcule cada cual con arreglo á esta pauta dónde hallará sus peores enemigos.

417. *Límites de la humildad.*—Hay muchos que han llegado á aquella humildad que dice: *credo quia absurdum est* y ofrecen su razón en sacrificio, pero en cuanto se me alcanza, no ha llegado nadie todavía á esa otra humildad que dista de aquella un paso y que dice: *credo quia absurdum sum*.

418. *El juego de la verdad.*—Hay hombres que son verídicos, no porque detesten el fingimiento, sino porque no conseguirían que su disimulo pasase. En una palabra: no tienen confianza en sus talentos de cómicos y prefieren la sinceridad, optan por ser verídicos.

419. *El valor dentro de un partido.*—Las pobres ovejas dicen al pastor: «Ves delante, que no nos faltará valor para seguirte.» Y el pobre pastor dice para sí: «Seguidme y no me faltará valor para guiaros.»

420. *Astucia de las víctimas.*—Hay una triste astucia que consiste en querer engañarnos sobre alguien por quien nos hemos sacrificado, ofreciéndole ocasión de presentárenos tal como deseáramos que fuese.

421. *Al través de los demás.*—Hay hombres que no quieren ser vistos más que proyectando sus rayos al través de otros. Y hay mucha habilidad en esto.

422. *Agradar á los demás.*—¿Por qué el hecho de causar placer es superior á todos los demás placeres? Porque de esta manera deleitamos á la vez á cincuenta instintos que nos pertenecen. Serán acaso satisfacciones pequeñas, pero se juntan todas en una misma mano y llenan más que nada esa mano y el corazón también.

## LIBRO QUINTO

---

423. *En el gran silencio.*—Ved el mar; aquí podemos olvidar la ciudad. Verdad es que las campanas tocan aún el *Avemaría*, ruido fúnebre é insensato, pero dulce en el momento que separa al día de la noche. ¡Esperad un momento! Ya todo calla. El mar se extiende pálido y brillante. No puede hablar. El cielo juega con colores rojos, amarillentos y verdosos, su eterno juego de la caída de la tarde; no puede hablar. Las riberas y los arrecifes que van hacia el mar como buscando el paraje más solitario, tampoco pueden hablar. ¡Qué hermoso y qué cruel al dilatar el alma es ese gran silencio que nos sorprende de repente! Mas ¡ay! qué duplicidad hay en esta belleza muda. ¡Qué bien sabría hablar, y qué mal también si quisiera! Su lengua atada y el deleite doloroso pintado en su semblante, no son más que malicia para burlarse de tu compasión. Pero aunque así sea, no me avergüenzo de ser la irritación de semejantes potencias. Pero te compadezco, naturaleza, porque tienes que callarte; aunque sea tu malicia lo que te ate la lengua, me da lástima tu malicia.

Mas ¡ay! el silencio crece todavía, y mi corazón se oprime y se espanta de una nueva verdad; *tampoco él puede hablar*, se ha puesto de acuerdo con la naturaleza